

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de máster, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 11 Número 2 (diciembre 2023)

María Victoria (Maya) Caravella Castillo
"Verano profundo"

Para citar el artículo

Caravella Castillo, María Victoria (Maya). "Título" JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 11.2 (2023)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Verano profundo

Desde la barandilla de la cubierta del barco el griterío de los comités de bienvenida era ensordecedor. Las manos se agitaban con entusiasmo a un lado y a otro, y en cuanto la pasarela de bajada hubo tocado tierra, el aluvión de abrazos, besuqueos y carantoñas obstruyó cualquier propósito de salir de allí. Entre aquel centenar, lo único que había para mí fue una bofetada de calor asfixiante y húmedo: media hora bajo el sol fue suficiente para que tanto la camisa de lino blanco como el sombrero que me había comprado específicamente para aquel viaje estuvieran empapados en sudor.

Cuando logré salir del embotellamiento miré el reloj. Era un reloj de pulsera, de oro, y había estado conmigo desde, exactamente, el mismo tiempo que hacía que no pisaba aquella ciudad: treinta años. Un objeto de una vida de la que apenas conservaba algún recuerdo. Lo había conseguido gracias al mismo hombre que me había traído de vuelta, aunque por aquel entonces estaba vivo y yo no tenía ninguna promesa que cumplir o ninguna cuenta que saldar.

Eran las doce. Miré a mi alrededor. Aun no podía creerme que de verdad estuviera allí. Siempre fui un hombre de palabra y por eso había emprendido aquel viaje, pero la remota

posibilidad de que tuviese éxito en lo que pretendía eran tan anodina que no sabía si, directamente, darme media vuelta. Total, el viejo ya estaba muerto y no era como si fuera a enterarse. Me reprendí a mí mismo al instante. No. Debía hacerlo. Se lo debía.

Recordé sus indicaciones y, siendo aun temprano, inicié un recorrido vagabundo a través de la nostalgia. Debo reconocer que, abierta la ventana del pasado, perdí completamente la noción del mundo exterior y, por un momento, olvidé incluso mi propósito. Eché a andar por aquellas calles que, desde los siete a los trece años, fueron mi hogar y que, ante mi sorpresa, no habían cambiado lo más mínimo. Me daba la sensación de que había permanecido completamente ajena al paso del tiempo, como si tras mi marcha se hubiesen cerrado las puertas de las murallas a la evolución hacia la modernidad. Mis pies me trasladaban con agilidad. Aún recordaban, en su subconsciente, los atajos, esquinas y callejones que tantas veces me habían salvado del correccional cuando era niño.

Pasé por el convento en el que me abandonaron y se me puso un nudo en el estómago. Hacía mucho tiempo que no pensaba en aquel lugar. De imprevisto, el recuerdo de todas las familias de acogida que se me fueron turnando en aquellos años me revolcó contra el suelo. Durante algo más de un lustro aquellas personas me abrían su casa, cobraban el dinero y me devolvían como un traje alquilado. Normalmente me llevaban al convento, la última ni se molestó.

Rozando los cuatro meses de castigos en el escobero, días enteros sin cenar y bofetadas por, posiblemente, haber respirado de más, la familia me abandonó, precisamente, en el parque en el que había terminado mi recorrido en aquel mismo momento. Me reí por la coincidencia. Justo ahí era donde debía llegar. Volví a mirar el reloj, aún faltaban unos minutos que dediqué a observar a mi alrededor. Como todo a mi paso, parecía una réplica de lo que había conocido. Volví a mirar el reloj y, de nuevo, a mi alrededor. Se acercaba el momento y mi confianza seguía siendo bastante endeble. De haber estado en lo cierto, tendría que estar por alguno de los setos que había justo detrás de mí, pero no quería ni pensar en lo ridículo que me sentiría si, después de haber cumplido el pacto, todo fuese una broma de mal gusto. Aunque tampoco tendría ningún sentido si así fuese, no habría tenido sentido nada.

Sentía la sangre efervescer a través de mis venas y decidí sentarme en el banco. En cuanto me hube colocado recordé que fue justo ese asiento en el que le vi aquella vez. Entonces, me percaté de algo. Si yo estaba ahí, él debía estar... Me levanté. Ahora, el corazón latía con histerismo. La adrenalina me tensaba las mejillas al plantear la posibilidad de que, quizá, sí que fuera verdad. Di un rodeo a los arbustos, con el sigilo que había heredado de las calles de la ciudad.

Le descubrí detrás de unos setos. No era más que un niño. Y no tendría más edad que la que tenía yo cuando el hombre que cambiaría mi vida dio conmigo.

Os contaré como funciona esta movida. Hay que tener paciencia. Es lo que me dijo El Palancas el primer día que llegué a la familia y me enseñaron el oficio. Me dijo: "Mira, nene, ¿tú has fichao alguna vez cómo cazan los gatos? Miran al cielo, fichan un pájaro, y esperan. Se esconden detrás un matojo, esperan lo que sea y cuando el pajarito está confiado y se pone en una rama ...¡zaca! Sacan la zarpa y le hincan el diente. Tú ties c'hacer lo mismo, ¿entiendes?" Y cla que lo entendí. En menos que canta la sirena un madero ya ganaba más que tos mis

hermanos juntos, y casi lo mismo que los mayores. “Joder, con el nene”, decía El Palancas. “Es un talento”.

La cosa es estar avispa y conocer a las víctimas. Pues eso, como los gatos. Yo descubrí que en el puerto están los mejores clientes. Y por eso iba todos los días. La mejor hora era el mediodía. Se juntaba mazo peña pa recibir a sus familias y entre moco y moco de alegría pues yo me afanaba, de primeras, unas cuantas carteras. Un tajo al bajo de un bolso por aquí, un señor que no se pispa del bolsillo de atrás por acá. Ahí tenía un aperitivo. Pero, claro, eso no era suficiente p'alguien de mi clase. No, no. Los mejores pájaros estaban en los barcos. Los guiris llegaban con cara tontos, tol cuerpo requemao como una gamba cocida y, lo mejor de todo, podridos de pasta.

Pero eh, con ojo. Tampoco pues ir ahí arrebolao que entonces te pillan y ya la hemos liao. No. Os diré lo que yo hacía:

Después de haber llenao los bolsillos de calderilla, yo me quedaba en medio del grupo, como si fuese un crío más que espera a que llegue su padre o su madre o su tía o su abuelo o lo que sea que tienen los chavales de mi edad. Me colaba entre las piernas y me ponía en primera fila, ahí, pa ver bien. Y entonces yo miraba. Las familias estaban descartas por una cuestión de matemáticas d'esas. Dos, tres, cuatro contra uno era mal asunto. No. Había que buscar a alguien solo. Solo solo. De na servía que se bajase solo del barco si luego tenía a un mogollón de personas esperándole. Así que tenía que ser uno. Y un tío. No es que no le robe a las mujeres, eh, yo trato a todos por igual, pero es que ellas siempre van con la mosca detrás de la oreja, macho. Pero los tíos no, los tíos se ponen una camisa sudá como si aquí en verano no se quedase la huella los zapatos pegá lasfalto y se creen que nadie les toca. Van despistaos y si les sigues ni l'echan cuenta, hasta que es tarde y, ¡zaca!, te has llevao su reloj, su cartera y no te llevas sus calzones caros porque no te van las zurrasas ajenas.

Esa pinta lucía el jambo más raro con el que me he cruzao en la vida.

Era mediodía, como siempre, y yo ya m'había tomao el pisolabis. Estaba esperando, de tranquis, entre la gente, y cuando empezaron a bajar del barco pues yo empecé a fichar. El notas llevaba una camisa a juego con el sombrero y me dije: “nene, eso te quedaría de lujo”, así que cuando m'aseguré de c'ahí no había nadie más qu'él le seguí.

Como ya os he contaó, no miró p'atrás ni una sola vez. Solo miraba los edificios con cara bobo. Seguro que pensaba en cuál estaba más guapo pa comprarse, echar a la peña que vivía ahí y montar un bloque pisos d'esos pa turistas. Es lo que hacen los ricos pa ser más ricos, me lo explicó El Palancas. Son todos iguales. Pero había algo en este tío que me mosqueaba. O no tenía muchas luces o el GPS le estaba vacilando pero no paraba de meterse en sitios que los turistas no quieren ni en pintura y él tan tranquilo. Vamos, que s'estaba haciendo un tur por todos los laos que yo frecuentaba. Y no es por na, pero se estaba metiendo en la boca el lobo. Y pensando que como por su tontería llegase otro a fastidiarme el negocio le rajaba el intestino.

Tiró pal parque que hay justo enfrente de la cárcel en la que me empresaron. Estuve a punto de tirar pal puerto de nuevo, no me gustaba perderme por ahí, pero los negocios eran los negocios. Me escondí detrás unos setos. El tío se quedó de pie plantao hasta que se sentó en un banco; pensé se quedaría un rato y me relajé. Me tiré en la yerba y esperé a que

s'espistase pa'cercarme por detrás como un gato y, ¡zaca! Me pispé de mi error cuando volví a asomarme y el banco estaba más vacío que la cama de una vieja.

—¿Buscas algo, chico? —Con tremendo bote, me puse a dos patas.

—No, señor. —Debía pensar rápido— Estaba jugando al escondite con mis colegas. ¿Has catao a un chaval gordo con gafas? —Yo estaba de tranquis. Había aprendido a las malas que lo mejor era actuar como si no pasase na.

—No. No he visto a nadie. Solo a ti. —El tío me miraba como si me conociese y eso empezó a crisparme. Había algo que me quería sonar, pero no era madero. Eso fijo— De hecho, solo te veo a ti desde hace un rato. —Me fichó d'arriba abajo. Mi instinto me decía que saliese cagando leches pero mis piernas parecían d'otro.

—Oye, que estoy con mis colegas, macho, y si me ven aquí me van a pillar y no quiero perder.

—Ya me conozco esa excusa. Sé que no hay nadie, que crees que soy un turista y que estabas a punto de intentar robarme. Aclarado esto, ¿vas a escucharme? Solo quiero hablar contigo, nada más. —Él dio un paso palante, y yo eché un paso p'atrás. ¿De qué iba ese tío? Me crucé de brazos.

—¿Y a mí que me cuentas? Búscate a una titi si te sientes solo pero a mí déjame en paz. —Él resopló. Mandaba cojones, como si fuese yo el acosador.

—Mira, chico. —Encima se ponía gallito— Estoy completamente seguro de que en esa bolsa que llevas hay una cantidad abrumadora de joyas, billetes, carteras, relojes y a saber qué más. —No sabía lo que significaba "abrumadora", pero me reí. Me gustaba que reconociesen mis logros— Y estoy convencido de que a los policías que he visto patrullando a unas calles de aquí les interesará muchísimo. —"Tranquilo, nene", me dije. "Va de farol".— Solo quiero que me concedas un minuto de tu preciado tiempo. Eres un hombre de negocios, lo huelo, así que te gustará lo que quiero proponerte. —Se miró la muñeca. El tío tenía el peluco de oro más grande c'había visto en toa mi vida— Pero decídette porque tengo un compromiso, y no me gusta perder el tiempo. —Me le quedé mirando un rato. Por más que lo intentaba no había manera, que no caía en dónde l'había visto. Sus ojos me se hacían familiares y visto así de cerca... es verdad que el tío olía a billetes pero algo me decía que era un tipo legal. C'uno podía fiarse. Aun con los brazos cruzados saqué pecho, y decidido respondí:

—Está bien. Te escucho. Pero ojito como me la líes que... —Le apunté con el dedo como si fuese una pipa. Él asintió. ¿Estaba sonriendo?

—Está bien, está bien. —Levantó las manos como hacen los pringaos c'han visto muchas pelis d'atracos a bancos.— Vamos a sentarnos.

—Yo estoy bien de pies.—Eso ya era por joder.

—Tú mismo. —El tipo resopló. Ahí me pispé de que seguía rojo como el culo de un crío después de una tunda d'azotes; entonces, me reí yo. Se quitó el sombrero y lo utilizó p'abanicarse igual c'hacen las viejas en misa en verano.— Se me había olvidado el calor que hacía aquí. —Murmuró, pero yo le oí.— No voy a andarme con rodeos: ¿qué te parecería cambiar de vida?

—Cambiar de vida de qué —respondí—. Si yo'stoy mu bien. —Entonces, caí.— ¿No serás tú uno d'esos que te quiere vender una secta chungu? A mí no me líes que lo c'os gusta es

hacer cosas a los críos como yo. —Decidí que ya era hora de librarme d'ese payaso, así que hice el intento de pirarme, pero él me paró.

—No soy de ninguna secta, crío malnacido. —Le salió el barrio al finolis. Me quedé.— Estás jugando mucho con mi paciencia, eh. Cállate y escucha. —Se calló un momento, se pellizcó la nariz y suspiró— ¿Fue de verdad tan difícil? —Al hablar, miró al cielo y yo también. Ahí no había na. Le pregunté: “¿qué dices?”, pero él negó y no dijo ni mú— Cosas mías. En fin, iré al grano: quiero que te vengas conmigo. Cambiarás de ciudad y de vida, te apadrinaré. Te llevaré a un buen colegio, luego irás a la universidad y tendrás todo el éxito del mundo. No va a faltarte de nada porque yo cuidaré de ti.

Me quedé fiambre. De mi boca no salió ni una palabra, como si me hubiesen arrancao la lengua. Todo ese cuento estaba de puta madre pero no entendía nada. Primero que to', por qué yo. Segundo que to', ¿de dónde había salío ese pirao? Tenía que haber gato encerrao porque no tenía sentido.

—¿Y qué quieres a cambio? ¿Que trabaje para ti? ¿No serás como El Capote este de las pelis? —Habría sido un flipe, n'os engaño.

—No, no soy “Al Capone”. Y tampoco quiero que trabajes para mí. Yo te daré las oportunidades que la vida te ha negado, pero a cambio tienes que dejar de hacer lo que haces. Ya no será necesario. Y cuando llegue el momento ya me lo recompensarás.

—¿Con pelas?

—No. —Negó con la cabeza y dio un par de golpes al sombrero— Cuando llegue el momento tendrás que hacer lo mismo que estoy haciendo yo. Dentro de treinta años exactamente volverás aquí, a esta hora y a este parque. Te encontrarás a un chico como tú y deberás ayudarle. —Entonces, volvió a ponerse el sombrero— Sé que es mucha información que asimilar así que no hace falta que me des una respuesta ahora. Mi barco sale esta noche a las nueve, si te decides, estaré esperando. ¿Trato? —Me ofreció la mano donde lucía el peluco. Yo estaba hasta mareao. ¿Pero qué tenía que perder? Le di la mano.

Cuando me despedí d'él no tenía ni pajolera de qu'iba a hacer con mi vida. Pero al menos m'había llevao un pelucón guapísimo de regalo.

Cuando fui a mirar la hora recordé que el reloj ya no estaba en mi muñeca, sonreí. La situación aun me parecía surrealista, y no pude evitar pensar en si él, después de tantos años, habría pensado exactamente lo mismo con respecto a mí y a nosotros. Alcé la vista hacia el reloj del puerto: faltaban dos minutos, la pasarela estaba a punto de recogerse y ya habían dado varios avisos por la megafonía. Mi sangre aun conservaba cierto nerviosismo; sin embargo, las pinceladas de escepticismo que habían tintado todo el viaje se habían difuminado por completo. No me cabía la menor duda de que aparecería porque, hace treinta años, yo lo hice. Efectivamente, llegó en el momento oportuno. Cuando yo ya tenía un pie sobre los tablones de madera se personó ante mí. No llevaba nada, tan solo mi reloj en la mano.

—Pa que veas que soy legal—me dijo. Yo negué con la cabeza.

—Lo sé. Pero quédatelo. Que sea un recuerdo de este día.

Él se encogió de hombros y se lo puso. Mientras subíamos, pensé en que, de todas formas, olvidaría aquel día. Pensé también en el futuro que le esperaba, en lo que le costaría adaptarse a no tener que buscarse la vida, a ser un niño normal que acabaría prosperando.

Sabía que cumpliría su promesa, y que llegado el momento, comprendería. Lo haría, estaba seguro, porque ahora, después de treinta años, lo había hecho yo.

Perfil de la autora:

Maya es una joven investigadora literaria, graduada en Estudios Ingleses en la UCM y con un Máster de Escritura Creativa impartido por la Universidad de Sevilla. A día de hoy, realiza el doctorado de Estudios Literarios, de vuelta en la UCM. Cuenta con varias publicaciones tanto de artículos de investigación como piezas de creación y colabora como revisora en las revistas Journal of Artistic Creation and Literary Research (JACLR) de la Universidad Complutense y la revista Tropelías de la Universidad de Zaragoza.

Entre sus intereses académicos y líneas de investigación, se encuentran el Modernismo y Posmodernismo, los Estudios Inter y Transmediales, los Estudios Culturales (disfrutando especialmente del análisis crítico de piezas de la cultura popular y mainstream), de Género y LGTB+, los New Media Studies, las relaciones entre el Cine y la Literatura, etc.

Contacto: < macarave@ucm.es >